

Apéndice

Un medio para la reconciliación de los pueblos

Hannah Arendt

Extraído de *Porvenir. Zeitschrift für alle Fragen des jüdischen Lebens* [Revista para todas las cuestiones de la vida judía]. Editorial Estrellas, Buenos Aires, N° 3, Noviembre-Diciembre 1942, pp. 125-130.

I

A menudo se ha afirmado que Alemania ha sido el primer país conquistado por Hitler. Sin embargo, esto es cierto sólo si se añade que esta conquista fue activamente fomentada por una parte importante del pueblo alemán, y tolerada pasivamente, e incluso aprobada silenciosamente, por una parte todavía más importante. En todo caso Hitler comenzó su carrera a través de Europa –y la destrucción del mundo de las naciones europeas– con la destrucción de la nación alemana que se ha sumido en la vergüenza de Dachau y de Buchenwald, en la vergüenza de las cámaras de tortura y de las leyes de Nuremberg, en la vergüenza de las campañas de exterminio lanzadas contra mujeres, ancianos y niños. Sobre las ruinas de la nación alemana se eleva la sangrienta quimera de la raza germánica. Sólo queda el pueblo alemán, del cual cerca de un millón están en los campos de concentración de Hitler.

Aquel día en Compiègne, cuando Pétain firmó aquellos párrafos infames del tratado de armisticio franco-alemán –según los cuales todo refugiado en Francia debía ser entregado a los nazis, incluso aquellos que habían combatido bajo la bandera francesa–, ese día memorable Pétain rasgó en pedazos la bandera tricolor y aniquiló la existencia de la nación francesa.¹ Del mismo modo, esta aniquilación

* Traducción y notas de Claudia Bacci. Los números entre corchetes indican la paginación original.

1. Arendt se refiere aquí a la firma del Tratado de Armisticio entre Francia y Alemania, el 20 de junio de 1940 que estableció la partición de Francia, la creación del Estado Francés colaboracionista (Régi-

fue aprobada por importantes fracciones del pueblo francés y tolerada en silencio por una parte más importante todavía. Es sabido que los refugiados en cuestión eran en su mayoría judíos. El gobierno de Vichy podía quedarse tranquilo dada la indiferencia con la cual los franceses habían soportado la vergüenza de los campos de concentración españoles, la vergüenza del tratamiento infligido a los refugiados por parte de la Tercera República, y finalmente, la vergüenza de una derrota sin combate. Todavía podía tranquilizarse [125] más, dada la tan cultivada tradición antisemita francesa, de la cual se han mostrado tan orgullosos a medida que transformaban los campos de concentración para refugiados en campos de concentración y de deportación para judíos. Desaparecida la nación francesa, lo único que queda es el pueblo francés, que con bombas y sabotajes lucha contra su exterminación física.

El mundo de las naciones europeas, nacido de la Revolución francesa y fundado por las gloriosas armadas de Napoleón, jamás ha sido realizado plenamente. Los pequeños pueblos, siempre obstaculizados por las grandes naciones para desarrollarse en el plano económico o político, han constituido el factor explosivo que encendió la Primera Guerra Mundial. A estos problemas nacionales sin solución en Europa pertenece la cuestión judía. Los judíos, el único pueblo europeo que nunca consiguió establecerse en un territorio que le fuera propio, devinieron finalmente la minoría por excelencia, es decir una minoría en todas partes y una mayoría en ningún lugar. La cuestión judía, bien lejos de ser una cuestión extraña a la política europea o irrelevante en relación a ella, se convirtió en el símbolo de todos los problemas nacionales irresueltos de Europa.

Las naciones europeas han observado indiferentes cómo el miembro más débil de su familia, el perpetuo hijastro, ha sido engañado primero en cuanto a sus pretensiones nacionales en Palestina, y luego amenazado en su propia existencia física en la Diáspora.² Han pagado muy caro esta indiferencia, pues el antisemitismo

men de Vichy) y la adhesión a las políticas del Tercer Reich respecto a la población judía en la Francia ocupada.

2. Respecto a «las pretensiones nacionales en Palestina» que Arendt señala como un *engaño*, se refiere al fracaso de la Declaración de Balfour de noviembre de 1917, realizada por el Ministro de Relaciones Exteriores británico Arthur J. Balfour al Barón de Rothschild por medio de una carta. Allí afirmaba el apoyo británico a los planes sionistas de establecer un «hogar judío» en Palestina, asegurando el respeto de los «derechos civiles y religiosos» de las comunidades no judías —es decir árabe/palestinas—, pero sin precisar ni los alcances de dichos derechos, ni del territorio a considerar o de qué se entendía por un «hogar judío». Esta declaración fue recibida con reticencias en Europa, aunque tuvo el total respaldo de Alemania, en un momento en que ésta contaba con obtener el apoyo del sionismo en el esfuerzo de guerra. La Declaración estaba sometida sin embargo al acuerdo de la Sociedad de las Naciones —que reconocía en parte los reclamos turcos sobre la región—, y finalmente quedó en suspenso en 1920, cuando la Comisión Permanente de Mandatos encomendó la adminis-

ha terminado por transformarse en el verdadero fermento de la descomposición de todo el mundo europeo. Los pueblos han pagado las consecuencias de su antisemitismo con la momentánea ruina de su existencia como naciones. Un pueblo después de otro ha permitido a las hordas asesinas de Hitler traspasar sus fronteras casi sin luchar, porque creían que iban «sólo» en busca de los judíos. Al frente de todos iba el pueblo alemán, que creyó por mucho tiempo que la Gestapo y las cámaras de tortura habían sido inventadas sólo para los judíos. Hasta que al fin Francia aprobó la ronda de la muerte al darle prácticamente la bienvenida a la «muy correcta» armada nazi, firmemente convencida de que el único pellejo en peligro era el de los judíos y de otros «extranjeros indeseables». Para no hablar de Polonia y Rumania que esperaban que, al tomar la iniciativa de hacer sus propios pogromos, atenuarían las desgracias propias.

Mientras tanto la página se ha dado vuelta. Los nazis, que creían haber descubierto en el terror el medio de propaganda más eficaz, han conseguido de manera completamente involuntaria reconquistar para los pueblos, a un ritmo inaudito en la historia, los conceptos fundamentales de toda política, aquellos de la libertad y la justicia. En toda Europa crece la revuelta: los pueblos nórdicos, con las armas en la mano, se rehúsan a ser contados en la «raza de los amos». El clero francés, que antaño creía que con la ayuda del antisemitismo podría llevar al pueblo de nuevo a las iglesias, y con cuyo apoyo Pétain contaba firmemente, ha descubierto que se pueden llenar iglesias [126] rezando *por* los judíos y pidiendo a los fieles que protejan a los judíos de la policía. El obispo de París se pasea con la estrella judía bajo las narices de la armada alemana de ocupación, dando clase de cristianismo aplicado de un modo muy concreto. En Yugoslavia las bandas de Mikhaïlovitch liberan a los judíos de los campos de concentración, armándolos y luchando juntos en la batalla más importante de la liberación.³ En Holanda, en Bélgica, en Dinamarca, el cuadro es el mismo en todos lados: la rebelión se enciende exactamente en el mismo punto donde tuviera lugar el hundimiento moral que precedió al hundimiento militar, en la posición respecto a los judíos.

tración territorial de Palestina al Reino Unido bajo la forma de Mandato territorial, en forma similar a otros casos de ex-colonias o ex-territorios de los imperios derrotados en la Primera Guerra Mundial: el Imperio Otomano y el Imperio Alemán.

3. Arendt se refiere aquí a la posición del arzobispo de París entre 1940-1949, Emmanuel Suhard, crítica hacia el acuerdo de Pétain con las políticas raciales del nazismo. La mención al General yugoslavo Draža Mikhaïlovitch se refiere a las acciones de sabotaje de la Resistencia serbia de los *Chebniks*, de orientación monárquica y nacionalista, que contaba con el apoyo de Pedro II, el rey yugoslavo exiliado en 1941 tras la invasión alemana. La resistencia dirigida por Mikhaïlovitch fue apoyada hasta 1944 por parte de las fuerzas aliadas, dada su relación con la monarquía en el exilio, lo que la transformaba en «legítima» a los ojos de la comunidad internacional y los aliados (al menos hasta que quedó claro su anticomunismo feroz). Sin embargo, véase: Paul Garde, *Vie et mort de la Yougoslavie*, Paris, Essai, 2000.

Los nazis buscan desesperadamente alejar a los judíos de todos los territorios donde su sola presencia proporciona a la población un punto de cristalización para la rebelión. Los deportan a regiones que pueden ser consideradas como antisemitas y, por tanto, todavía seguras para los nazis. No hacen más que echar nafta al fuego, descubriendo a la fuerza que los pueblos, bajo ciertas circunstancias, tienen buena memoria y que, en ciertas ocasiones, los ausentes y los muertos hablan con voz más clara y más fuerte que los presentes y los vivos.

II

Estos sucesos nos arrojan, a nosotros los judíos, hacia el terreno político, para lo cual no hay precedentes en la historia reciente. Desde la formación de los Estados-nación, hemos sido rechazados más o menos violentamente (y a menudo activamente perseguidos) por los diversos gobiernos. En los últimos cincuenta años, porciones crecientes de la población han sucumbido a la tentación del antisemitismo a causa de los conflictos con sus propios gobernantes hasta que, finalmente, con el derrumbe del Estado-nación y del Estado de derecho, el Estado emprendió las persecuciones contra los judíos. Que la sociedad intente protegernos contra las medidas estatales como han hecho el pueblo francés y el holandés, quienes se rebelaron contra sus gobiernos en defensa de sus propios judíos e incluso de los judíos extranjeros, es un hecho tan novedoso en la historia judía que nuestros cultores de la «*Realpolitik*» necesitarán por lo menos veinte años para incorporar esta nueva realidad.⁴

El pueblo judío haría bien, sin embargo, en prestar suficiente atención a estos primeros indicios de las cosas por venir. En la catástrofe europea, junto con los viejos Estados-nación se han derrumbado todos los conflictos y diferencias entre los pueblos que han formado una nación y aquellos que, como los judíos, han permanecido sólo como pueblo. Más difícil es decir qué fue más eficaz en estos casos, si la máquina militar de Hitler o la propia vergüenza de los pueblos ante los hechos. En todo caso, todos ellos son igualmente despojados y se encuentran a la espera de su liberación, una liberación cuyo supuesto esta vez sólo podrá ponerse en marcha en una Europa federada, como la imaginada por Napoleón. La [127] Revolución Francesa, que trajo a los judíos los derechos humanos pero que les costó la emancipación nacional, va ahora hacia este segundo paso.

4. Por los «cultores de la “*Realpolitik*”» se refiere a los representantes del sionismo general que privilegiaban los foros de negociación gubernamentales o las instituciones internacionales (Sociedad de las Naciones) para el tratamiento de la «cuestión judía», y particularmente a la posición de Chaim Weizmann, Presidente de la Organización Sionista Mundial (1921-1931 y 1935-1946).

Son tan horribles los sacrificios que el pueblo judío ha sufrido en los últimos años en las numerosas persecuciones de su historia, como grandes son las chances de una nueva orientación nacional de su política. Por primera vez en nuestra historia más reciente podemos apelar directamente a los otros pueblos en apoyo a nuestro derecho a la emancipación nacional, por Palestina. Por otra parte, por primera vez desde finales del siglo XVIII, y en el preciso momento en que no hay tal cosa como una influencia judía sobre los poderosos de la tierra, los pueblos nos declaran su solidaridad. Debería ser claro para cada persona y cada demócrata que de esta solidaridad podemos esperar más que de todas las protecciones de los tiempos pasados.

Esta guerra es una guerra de «hombres comunes», tal como ha expresado el Vicepresidente de los Estados Unidos, Henry Wallace.⁵ Haremos valer nuestras pretensiones sobre Palestina ante los pueblos que recién despiertan, ante el hombre común, y habremos de dirigir nuestras palabras al ciudadano medio de las naciones democráticas organizadas. Durante esta guerra, y con seguridad después de ella, él comprenderá los problemas del pueblo judío mejor que todos los funcionarios juntos de toda la administración colonial del mundo. Él comprenderá por sí mismo que no pueden solucionarse los problemas nacionales sin considerar la cuestión del territorio nacional, y su nuevo amor propio nacional lo obligará a practicar la justicia. Y esto con mayor razón, cuanto más profundo sea el abismo de las vergüenzas nacionales a las que en principio lo han arrojado las tan básicas injusticias cometidas.

Justicia para un pueblo sólo puede significar justicia nacional. A los derechos humanos de los judíos pertenece de modo inalienable el derecho a vivir como judíos y, cuando es necesario, a morir como tales. Un hombre sólo puede defenderse por aquello que en él es atacado. Un judío sólo puede afirmar su valor como ser humano cuando puede ser un hombre que es judío. En una época en la que su pueblo es perseguido y en la que es amenazado el trozo de tierra que el trabajo de sus manos ha transformado de un desierto en tierra fértil, eso significa finalmente pelear como

5. Henry Wallace, Vicepresidente de Franklin D. Roosevelt entre 1941-1945, se hizo conocido por su discurso «Century of the Common Man» (1942) acerca de la necesidad de articular los objetivos aliados para la victoria en Europa y de la importancia de apoyar a los regímenes democráticos donde las «cuatro libertades» surgidas del espíritu de las revoluciones del siglo XIX fueran respetadas: libertad de expresión, religiosa, económica y de vivir en paz. En dicho discurso señaló también los cuatro deberes de los pueblos para asegurar una vida mejor al «hombre común» y para el éxito en la guerra, referidos básicamente a apoyar el esfuerzo económico —en términos de producción y apoyo bélico—, pero también al deber de luchar por la libertad y al de generar las condiciones para una paz duradera, reconociendo las dificultades surgidas tras la firma de los Tratados de Paz de París en 1919-1920. Véase: H. Wallace, *The Century of the Common Man*, New York, Reynal & Hitchcock, 1943.

judío por la libertad de su pueblo y la seguridad de su territorio. Si es cierto que la humanidad se avergonzará por cada judío perseguido, también es cierto que los pocos judíos a los que se ha permitido benévolamente tomar parte en la guerra como soldados de las colonias inglesas no podrán corregir esa infamia. Un pueblo al que no se le permite defenderse de sus enemigos no es un pueblo sino un cadáver viviente. Un pueblo al que no se le permite defenderse de sus enemigos se lo condena al destino, quizás humanamente [128] muy sublime, pero políticamente del todo indigno de convertirse en víctima de la historia universal.

III

Precisamente, de entre todos los pueblos europeos, ninguno tiene un interés objetivo mayor en ver la puesta en práctica del ejército judío entrando en la escena de la guerra que el pueblo alemán. Mayor que el crimen de haber desencadenado una guerra, es la vergüenza de hacer la guerra contra los indefensos. La sangre de las víctimas asesinadas clamará más alto que la sangre de los enemigos rendidos. Es una ley de la vida en las comunidades humanas que cada víctima –pero no así cada enemigo derrotado– clame por venganza. Esto lo ha comprendido aquél alemán protestante, de quien no se puede sospechar ningún filosemitismo, que en Abril de 1933 dijo: «La sangre de estos judíos caerá sobre nuestros hijos y sobre los hijos de nuestros hijos».° Sólo una lucha en la que todas las víctimas participen y en la que, finalmente, los nazis de todos los territorios sean aislados y vencidos por los pueblos que hasta ahora dominan, puede anticiparse a detener esa venganza.

Muchas personas de procedencia alemana se avergüenzan hoy de lo que los nazis han causado en nombre de su pueblo. Muchos creen haber hecho suficiente cuando ellos mismos se declaran «filosemitas», expresan su simpatía hacia los amigos judíos, dan a las asociaciones judías la apariencia de paridad a través de la concesión de su nombre, o incluso manifiestan que para ellos la cuestión judía no existe. Actualmente podemos comprender los motivos de estas personas, y sabemos muy bien cuán a menudo han sido compelidos a estas absurdas posturas personales por los propios judíos. Esto no impide que, en el mejor de los casos, las actitudes de este tipo sean políticamente insignificantes, y en su mayor parte, inclusive dañinas. No obstante, es casi inimaginable que las democracias tan duramente denigradas por Hitler declaren, para defenderse, que ellas en realidad no existen: eso

6. Aparentemente, Arendt se refería al pastor protestante Dietrich Bonhoeffer y a su escrito «Die Kirche vor der Judenfrage» (abril 1933), en *Gesammelte Schriften (1933-1943)*, E. Bethge (Hg.), Kaiser V., München, Band II, 1958-1974, pp. 191-197.

sería de una sabiduría similar a sostener que se puede impedir el asesinato por medio del suicidio. Si es cierto que Hitler está decidido a exterminar a escala mundial a judíos o demócratas, sólo podrá ser detenido en sus planes si los así amenazados se disponen a afirmar su existencia y a defenderse con sus propias manos. Y al igual que un hombre que es amenazado de muerte puede confiar poco en un amigo que le proponga el suicidio como salida, los judíos pueden confiar muy poco en aquéllos falsos amigos que tratan de persuadirlos de que el suicidio colectivo es el camino más seguro hacia la seguridad colectiva.

Exigimos de la Sociedad de las Naciones nada más que la misma solidaridad que ya nos manifiestan tantos pueblos europeos, que hoy se encuentran bajo la opresión de la maquinaria del terror nazi. No queremos promesas de que nuestras desgracias serán «vengadas» [129], lo que queremos es luchar. No queremos misericordia, sino justicia. «*Il faut toujours rendre justice avant d'exercer la charité*» (Malebranche), que puede ser traducido como: Quien no practica la justicia no tiene derecho a la misericordia.⁷ La compasión sin justicia es uno de los más poderosos cómplices del diablo: calma la indignación y sanciona el orden creado por el diablo. La libertad, sin embargo, no es un premio por los sufrimientos padecidos, y la justicia no se recibe como migajas caídas de la mesa de los ricos.

Un gran número de americanos de origen alemán han expresado en los últimos años su simpatía hacia el movimiento de creación de un ejército judío. Algunos de ellos han ido más lejos y se participan activamente en este capítulo de la lucha del pueblo judío por sus derechos. Sólo ellos son los auténticos representantes de aquéllos millones de alemanes detenidos por Hitler en los campos de concentración. Con su intervención en favor de una justa participación de los judíos en esta guerra, que realmente es su guerra, ellos han contribuido más a la reconciliación de los pueblos que todos aquellos antifascistas, judíos o no, que creen demostrar su buena disposición hacia los judíos cuando argumentan que el problema de los judíos no existe.

La Sociedad de las Naciones no estará completa hasta tanto no acepte sentarse en la mesa con los parias de entre los pueblos. Del mismo modo que el destino de los judíos ha llegado a ser un símbolo de lo que se presenta como el dominio del diablo en el mundo, así también el criterio preciso acerca de la justicia de esta guerra es la medida en que los representantes de los otros pueblos están dispuestos a luchar en esta guerra de la humanidad, tan suya como nuestra, hombro a hombro con nosotros, los judíos. [130]

7. Nicolas de Malebranche, *Traité de morale*, Vrin, Paris, 1953, p. 17. En francés en el original.